

ALTA DOCTRINA

Volumen 6 – Sermón No. 318

Traducción: estudialapalabra.org

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 3 DE JUNIO DE 1860,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN EL EXETER HALL, STRAND**

***“Y todo esto proviene de Dios”
2Corintios 5:18***

Quisiera que consideraran este texto como un resumen de todas las cosas que les hemos predicado estos años. Me he esforzado constante y continuamente por mantener que la salvación es obra de la buena voluntad de Dios, y no del libre albedrío del hombre, que el hombre no es nada, y que Jesucristo es el Alfa y la Omega, el principio y el fin, el primero y el último. Y creo que en verdad puedo decir: "Ahora bien, de las cosas que hemos hablado, ésta es la suma": "Todas las cosas son de Dios".

Y, oh, hermanos míos, ¡qué gran resumen es! Contiene palabras que abarcan el compás de todo lo que su mente pueda pensar: "todas las cosas", y proclama a Aquel a quien todas las cosas deben su ser: "Dios". Capta este total si eres capaz: "Todas las cosas". ¿Qué se omite aquí? Seguramente todo lo que el cristiano puede desear se encuentra en esas palabras "todas las cosas".

Pero para que ni siquiera esto sea suficientemente amplio, nuestro resumen contiene una palabra aún mayor, que es suprema sobre todo, ya que todas las cosas brotan de Sus entrañas, y sin embargo Él sigue siendo el mismo, tan pleno como siempre. "Todo procede de Dios". Si tenemos sed, aquí están los arroyos que nunca se agotarán. Si tenemos hambre, aquí hay pan de sobra. Si somos pobres, aquí hay tesoros y riquezas que son absolutamente inagotables, porque aquí tenemos todas las cosas y todas las cosas en Dios.

Esta mañana espero hacer dos cosas: primero, exponer clara y distintamente la doctrina de esta sentencia, y luego, en segundo lugar, mostrar la excelente tendencia práctica de tal doctrina.

I. Para comenzar con **la doctrina misma**: "Todas las cosas son de Dios". Al extenderme sobre esa doctrina, tendré que subdividirla, tomándola primero en cuanto al qué, luego en cuanto al cómo y luego en cuanto al por qué.

1. "¡Todo procede de Dios!" ¿Qué significa aquí el término "todas las cosas"?

La respuesta se encuentra en el contexto, todas las cosas de la nueva creación son de Dios. No es necesario que te recordemos que todas las cosas de la vieja creación son de Dios. Nadie excepto el incrédulo afirmará por un momento que hay algo que existe aparte del Creador. Creemos que Él ha colocado las vigas de Sus aposentos en las aguas, ha extendido los cielos como una tienda para habitar, las islas han sido creadas por Su mano, y los vientos siguen estando, como siempre lo estuvieron, bajo Su guía y control, nada es, y nada será, sino lo que Él ordena, determina y sostiene.

En cuanto al asunto de la nueva creación, es sorprendente que haya habido alguna vez controversia. ¿Llamamos infiel al hombre que enseña que algunas cosas de la antigua creación eran del hombre? ¿Qué nombre daré al ser que se atreva a decir que algo en la nueva creación de la gracia es del hombre? Ciertamente, si la primera es una herejía, la segunda debe ser una herejía igualmente condenable, y tal vez más. Porque la primera sólo toca las obras externas de Dios, mientras que la otra mete su mano sacrílega en las obras internas de Su gracia, arranca la joya más brillante de Su corona y la pisotea. Sostenemos, y siempre debemos sostener, que todas las cosas, sin excepción, en la nueva creación, son de Dios, y sólo de Dios.

"¿Qué cosas?", repiten ustedes. Respondemos, todas las cosas que se refieren a la nueva naturaleza, todas las cosas que se refieren a nuestros nuevos privilegios y a nuestras nuevas acciones, todas las cosas que se refieren a la nueva naturaleza son de Dios. El deseo personal por Cristo que se encuentra en el corazón contrito del pecador es de Dios. La primera esperanza nueva que ilumina las tinieblas de la pobre mente iluminada es de Dios. El primer vislumbre de una nueva fe, cuando ese hombre vuelve su mirada hacia el Salvador, es de Dios. Los primeros comienzos del amor divino en el alma son de Dios.

Dejad a los hombres solos, y la corrupción de su naturaleza puede enconarse, pudrirse y criar el hongo de una imaginación vil. Pero la vida de Dios nunca ha brotado naturalmente de un corazón muerto. Todo lo que es bueno en su principio, así como en su perfeccionamiento, "desciende del Padre de las luces, en el cual no hay mudanza, ni sombra de variación".

Algunos parecen enseñar que el hombre debe dar el primer paso en la salvación, y Dios dará el resto. No, señores, si el hombre puede dar el primero, puede dar el último, y darlo todo. Si el hombre, muerto en delitos y pecados, puede revivirse a sí mismo, ciertamente puede mantener la vida de la cual él mismo es el autor. Si el hombre, corrupto, degradado y alejado de Dios, puede decir, sin ser despertado por la gracia: "Me arrepentiré, cambiaré mis caminos y me volveré a Dios", y si puede llevar a cabo esa resolución por sí mismo y por su propia mente, entonces no hay lugar para Dios en la salvación. Permitamos que el hombre tenga todo, y dejaremos que él tenga toda la gloria.

Pero has de saber, oyente mío, que si tienes un solo pensamiento bueno en tu corazón, es de Dios; si hay algo que te dice: "Levántate y ve a tu Padre," esa voz es la voz de Dios. Si tus entrañas comienzan a anhelar hacia el Padre, a quien has enojado y agraviado, y si tus pies desean dejar las montañas del pecado y la vanidad, y hollar el camino recto, es una mano del Padre la que te atrae, es una voz del Salvador la que dulcemente te impulsa a buscar Su rostro, pues "Todas las cosas provienen de Dios".

Además, todo lo que se refiere a la nueva naturaleza es de Dios, no sólo en cuanto a su primera implantación, sino también en cuanto a su posterior realización y pleno desarrollo. ¿Tiene el creyente fortaleza? ¿Se mantiene en pie y es guardado de caer? ¿Es preservado en medio de la tentación fiel a su pacto, y se mantiene firme a su Señor en el día de la prueba? No hay nada en él por naturaleza, aparte de Dios, que no sea vil y engañoso.

"En mí (es decir, en mi carne), no mora nada bueno". Si hay algo bueno en mi naturaleza, si he sido transformado por la renovación de mi mente, si soy regenerado, si he pasado de muerte a vida, si he sido sacado de la familia de Satanás, y adoptado en la familia del amado Hijo de Dios, y si ya no soy heredero de la ira, sino hijo del cielo, entonces todas estas cosas son de Dios, y en ningún sentido, y en ningún grado son de mí mismo.

Además, así como la nueva naturaleza es de Dios, los nuevos privilegios de la nueva naturaleza son todos de Dios, ¿y cuáles son éstos? Ricos y preciosos ciertamente son. Está el perdón, el lavamiento de todos mis pecados, y ¿quién dirá que eso no es de Dios? Está la justificación, el ser revestido de una vestidura blanca como la nieve, que me hará apto para participar de la herencia de los santos en luz, ¿y eso no es de Dios?

Hay santificación, que corta la raíz misma del pecado, y pisotea la vieja naturaleza de Adán bajo los pies del recién nacido en Cristo, ¿no es eso de Dios? Está el privilegio de la adopción, que el Padre ha dado a todos los que creen en su Hijo unigénito, para que tengan el poder de llegar a ser hijos de Dios. Oh, Señor, ciertamente esta adopción es Tuya. Existe la comunión, por la que a través de Cristo Jesús tenemos acceso por un solo Espíritu al Padre. Pero, ¿quién se atreve a pensar en la comunión aparte de la gracia inefable del Altísimo?

Estoy seguro, hermanos míos, que ustedes que han recorrido las alturas, y las profundidades, y las longitudes, y las anchuras de las misericordias del pacto y de los privilegios del pacto, nunca se han encontrado con un solo privilegio que no fuera de Dios. Ustedes han caminado por las extensas hectáreas de la rica gracia de Dios, pero no han visto allí una planta o una flor que no haya sido sembrada y cultivada por Él.

Cuando habéis entrado en la casa del tesoro, y habéis sacado esos zapatos de hierro y de bronce, ese yelmo de prueba, esa espada de acero, cuando habéis echado mano de esa corona

de vida eterna que no se marchita, os habéis visto constreñidos a confesar gozosamente que todas estas cosas son de Dios. No podéis imaginar ni una sola gracia, ni un solo don de misericordia que provenga de vosotros mismos y no de Dios.

Una vez más, para concluir este resumen, todas las acciones de la nueva naturaleza son de Dios. Vean a aquel misionero dejando casa y hogar, y todas las comodidades de su tierra natal, para ir a luchar por Cristo entre un pueblo que lo despreciará, desconfiará de sus motivos, y pagará su abnegación con persecución. ¿Lo ves con su vida en la mano aventurándose hasta la muerte? Ese hombre, oprimido por la fiebre propia de la tierra en la que ha venido a vivir, mientras yace en su lecho, con un melancólico intervalo para la reflexión, nunca se arrepiente del paso que ha dado.

Recobra fuerzas suficientes para arrastrarse bajo un árbol y allí se queda, y en lugar de retractarse de los votos que hizo de dedicación a su Maestro, los confirma de nuevo, predicando una vez más la Palabra. Sigue trabajando hasta que, agotado, entrega su cuerpo a la tierra, lejos de su patria y de su tierra natal, como testigo contra los infieles de que Dios les ha enviado el Evangelio.

¿Aplaudiremos al hombre? ¿Cantaremos sus alabanzas con canciones clamorosas? Démosle su merecido homenaje, lo ha hecho valientemente. Pero recordemos que todo lo bueno que había en él procedía de Dios. Habría sido ocioso e indiferente, y despreocupado por las almas de los hombres si Dios no lo hubiera convertido en lo que era. ¿Acaso el mártir arde en la hoguera, acaso el confesante yace y se pudre en el calabozo, acaso el heroico hijo de Dios lucha contra la corriente de su tiempo, y parece detener la inundación con su propio brazo fuerte? ¿Están dispuestos los cristianos a sufrir el oprobio y el desprecio, la reprensión y el reproche por causa de Jesús? Seguramente todas estas cosas son de Dios.

¿Hay algún cristiano dadivoso, generoso, atento a las aflicciones de los demás? ¿Hay otro poderoso en la oración y diligente en el servicio? ¿Puedes encontrarte con un tercero que viva tan cerca de Cristo que su rostro parezca brillar con el brillo del amor de Jesús? No atribuyas ninguna virtud al hombre. Las cosas buenas son exóticas en el corazón humano. No son como la mala hierba que brota naturalmente en un suelo tan pobre como el de los corazones humanos, sino que son raras flores selectas traídas por la mano del Espíritu desde lo alto y plantadas luego en este suelo tan poco amable. Oh, sepamos siempre que cualquier cosa que podamos hacer, sentir o pensar que sea correcta, es de Dios.

Hermanos míos, desechad para siempre con detestación y aborrecimiento cualquier doctrina que os lleve a pensar que cualquier obra, o gracia, cualquier cosa justa, pura, hermosa o de buena reputación, en el hombre, es del hombre mismo. Confíad en ello, aunque venga a vosotros con el ropaje de la seriedad, y se pinte las mejillas, y os parezca bastante hermosa,

es la ramera del Papado con otro vestido. Sólo dejen que esa doctrina sea llevada a su justa conclusión y llegarán de inmediato a la salvación por obras. Manténganse siempre firmes en el viejo estandarte calvinista, el estandarte que Agustín ondeó antiguamente, y que Pablo nos transmitió directamente de nuestro maestro Jesús, y sostengan, crean y afirmen, sin desviarse nunca de él, que todas las cosas en la nueva creación son de Dios.

2. Pero la segunda división de la doctrina sería: ¡Cómo! ¿Cómo y en qué sentido son todas las cosas de Dios?

Todas las cosas en la nueva creación son de Dios en la planificación. Dios, desde antes de todos los mundos, planeó la nueva creación con tanta exactitud y sabiduría como lo hizo con la antigua. Hay algunos hombres que parecen pensar que Dios hace Su obra poco a poco, alterando y haciendo adiciones a medida que avanza. No pueden creer que Dios tuviera un plan, creen que el arquitecto más ordinario de la tierra se ha prefigurado alguna idea de lo que quería construir, aunque no fuera más que una casita de barro.

Pero el Dios Altísimo, que creó los cielos y la tierra, cuando dice: "He aquí que yo hago un cielo nuevo y una tierra nueva, en los cuales mora la justicia", no tiene más plan que el que se deja al capricho de la humanidad, no ha de tener decretos, ni propósitos, ni determinaciones, sino que los hombres han de hacer lo que quieran, y así virtualmente el hombre ha de usurpar el lugar de Dios y Dios ha de hacerse dependiente del hombre.

Es más, hermanos míos, en toda la obra de la salvación, Dios es el único y supremo diseñador. Él planeó el tiempo cuando, y la manera cómo, cada uno de Su pueblo sería traído a Él, Él no dejó el número de Sus salvados al azar, o a lo que era peor que el azar, a la depravada voluntad del hombre, Él no dejó la elección de las personas al mero accidente, sino que en las piedras del eterno pectoral del gran Sumo Sacerdote grabó los nombres de aquellos que Él eligió. No dejó ni una sola clavija de la tienda, ni una sola línea o yarda de lienzo para que se arreglara después, sino que todo el tabernáculo fue dado bajo modelo en el monte santo.

En la construcción del templo de la gracia cada piedra fue ajustada y cincelada en el decreto eterno, su lugar ordenado y establecido, ni se sacará esa piedra de su cantera hasta la hora ordenada, ni se colocará en otra posición que la que Dios, según el consejo de su propia voluntad, ha ordenado. Todo en la nueva creación es de Dios en la planificación.

Pero ¡ay de nosotros si Dios se hubiera limitado a planificar y nos hubiera dejado a nosotros la ejecución! Todo en la nueva creación es de Dios en la adquisición, y de Dios en la compra. A un precio ha comprado a Su pueblo, ese precio: la preciosa sangre del Señor Jesucristo.

¿Quién contribuyó siquiera con una pizca a la riqueza del tesoro que compró nuestras

almas? ¿No pisó Él solo el lagar? ¿Tuvo Su pueblo parte en soportar la carga, la intolerable carga de culpa que abrumó a nuestro sufriente Señor, cuando Él mismo llevó nuestros pecados en Su cuerpo sobre el madero? ¿Qué brazo le ayudó, o qué otro pie sino el Suyo holló al enemigo? No, ¡oh, Señor! Tú nos has redimido con Tu sangre, nosotros no hemos contribuido a ello, Tú eres el Alfa y la Omega en esto, y a Ti sea todo el honor.

Y así como fue de Dios en la planificación, y de Dios en la compra, así también es todo de Dios en la aplicación y el traerla la interior, a cada conciencia individual. La cruz de Cristo no se coloca allí simplemente para que cada hombre la mire, y luego se deja al azar si los hombres la mirarán o no. Allí está la cruz gratis para cada alma que vive, pero sin embargo, Dios ha determinado que no será descuidada.

Hay un número que ningún hombre puede contar, que por la gracia que todo lo constriñe será llevado a estrechar esa cruz como la esperanza de sus almas. Jesús no morirá en vano, y eso porque Dios hará que los hombres estén dispuestos en el día de Su poder. Si están endurecidos, Él puede quebrantar sus corazones; si son obstinados, Él puede doblar sus rodillas; si no quieren venir, Él puede hacerlos venir. Él tiene una llave que puede dar cuerda al corazón humano y hacerlo correr a Su placer.

No penséis que el hombre es un ser independiente, tan libre que Dios no puede controlarlo, esto equivaldría a hacer del hombre Dios, deificar a la humanidad y des-deificar a la Divinidad. El hombre es libre de ser responsable, pero no está libre de una perpetua inclinación al mal. Pero el hombre está sujeto a la restricción o coacción de Dios. Si hace lo correcto, entonces es la restricción de Dios, y no su libre albedrío. Cuando hace el mal, Dios lo ha dejado a su libre albedrío, pero si alguna vez hace el bien, es porque la mano del Maestro lo tiene ahora.

El hombre, por naturaleza, es como un caballo salvaje que se precipita hacia el precipicio, si se le refrena en su carrera y se aleja del peligro, es porque tiene un jinete poderoso, que sabe tirar del freno y guiarlo a su antojo, y aunque patalee y se lance, y anhele alejarse, su jinete puede levantarlo sobre sus ancas, lo hace girar, lo hace ir como quiere y lo conduce como le place. En este asunto es verdad que todo lo que implica llevar el Evangelio al alma del hombre es de Dios.

Y esto no es todo. Las obras de la nueva creación son de Dios, no sólo en la planificación, procuración y aplicación, sino en el mantenimiento de las mismas. Si el cristiano se deja a sí mismo la tarea de mantener la gracia ya iniciada, desaparece. La vela está encendida, pero el aliento del diablo la apagaría. El gas está ardiendo; corta la conexión entre él y el gran gasómetro, y la luz se apaga. El cristiano vive, pero es porque Cristo vive, y porque es uno con Cristo.

Oh, Señor, si dejaras de enviar los torrentes de tu gracia entonces tu gloriosa iglesia, con toda su belleza, sería como una flor marchita, toda su fuerza sería debilidad desfalleciente, y ella misma, aunque fuera como una torre en su gloria, se desmoronaría hasta la misma tierra, y yacería con las piedras bajas del valle. Todo es de gracia, pues, y todo de Dios, en el mantenimiento.

Más aún debe ser todo de gracia en la terminación. Cuando tú y yo nos acerquemos a las colinas celestiales en camino a las puertas del paraíso, esos últimos pasos serán de Dios tanto como los primeros. Y cuando estemos de pie en las calles doradas y vistamos el manto blanco, estoy seguro de que no tendremos ni una palabra que cantar acerca del libre albedrío, o acerca del yo, sino que nuestro clamor será: "A Aquel que nos amó y nos lavó de nuestros pecados con su propia sangre"; a Él sea toda la gloria por siempre.

Los hombres pueden sostener la doctrina que quieran en la tierra, pero no pueden sostener otra doctrina en el cielo que la de la gracia libre, rica y soberana. La canción nunca ha sido dividida y nunca lo será. No habrá egoísmo que estropee su melodía, sino que cada corazón emitirá las mismas notas melodiosas de música, y cada lengua se mezclará en el mismo canto indiviso: "Tú lo has hecho; oh, Señor, Tú lo has hecho...".

***'Gracia toda la obra coronará,
a través de los días eternos;
pone en el cielo la piedra más alta,
y bien merece la alabanza''***

3. Mi tercer punto de la Doctrina iba a ser el "Por qué". ¿Por qué todas las cosas son de Dios? ¿Cómo podemos verlo claramente? No utilizaré más argumentos que los que sean manifiestos y palpables para todos nosotros.

Todo en la gracia debe ser de Dios porque tenemos muy claro que no puede haber nada del hombre. El hombre está en tal posición que no puede haber nada de él. Lázaro yacía cadáver en su tumba, sale revivido, le quitan la ropa de la tumba, vive, respira, ¿me dices que su resurrección se debió en parte a él mismo? Bueno, señor, su mente debe estar extrañamente engañada. ¿Qué pudo hacer ese hombre muerto para su propia resurrección?

Seguramente debe ser un hecho filosófico que debe golpear a todo hombre racional, que lo que no existe, no puede ponerse a sí mismo en existencia. Y así, mi nueva naturaleza, que no existía antes de que Dios me la diera, no podía crearse a sí misma. Y sin embargo, ¿dices que un hombre muerto se hace a sí mismo vivo, o al menos hace algo para ello?

Oh, señor, no puede decirlo en serio, no puede decirlo en serio. Razonar con usted sería ridículo. Usted debe sentir que si un hombre está muerto, no hay nada que pueda hacer, tiene que ser obra de algún poder superior que pueda darle vida.

Entonces, con el pecador muerto en pecado, ¿qué puede hacer ese pecador? A menos que la Escritura sea una exageración, a menos que estén dispuestos a echar por la borda ese pasaje donde se habla de que estamos muertos en delitos y pecados, no puedo ver cómo pueden soñar que el hombre es capaz de hacer algo en la obra de la gracia. Puede trabajar cuando Dios lo ponga a trabajar, y lo hará, puede moverse cuando Dios le dé poder para moverse, y se moverá entonces con gozosa presteza, pero hasta entonces...

***"Cuán indefensa yace la naturaleza culpable,
inconsciente de su carga,
el corazón que no cambia
nunca puede elevarse a la felicidad y a Dios".***

Hasta que la piedra por sí misma vuele hacia el sol, hasta que el mar por sí mismo engendre fuego, y hasta que el fuego por su propia naturaleza destile la lluvia de sus propias entrañas, entonces y no hasta entonces la humanidad depravada respirará bondad dentro de sí misma. Debe ser la gracia, debe ser sólo la gracia.

Permítanme darles otra razón por la cual estamos muy seguros de que todas las cosas en la obra de la gracia son de Dios. Se nos dice expresamente que toda buena dádiva y todo don perfecto vienen de lo alto. Ahora, esa palabra "toda" es muy amplia, no excluye ni un solo caso. ¿Hay algún don bueno? No se me dice que algunos dones buenos y algunos dones perfectos vienen de lo alto, sino todos, y estoy muy seguro de que esta regla debe aplicarse a cualquier don bueno que tengan; cualquier don bueno, de hecho, que esté en el corazón de cualquier hombre que viva sobre la faz de la tierra.

Dios sólo sería en parte el Padre de las luces, si hubiera luz que brotara de alguna otra parte; Dios sólo sería en parte el benefactor del mundo, si hubiera otras fuentes de las que el mundo pudiera beber, y otros ayudantes que pudieran elevar las almas al cielo.

Sin embargo, estamos seguros de que todas las cosas son de Dios, porque toda la gloria es de Dios. Ahora, si toda la gloria es de Dios, es lógico que la obra debe haber sido suya, porque donde está la obra, debe estar el mérito. Si el hombre lo ha hecho, el hombre puede reclamar el honor. Si yo he sido mi propio Salvador, reclamaré el honor y la dignidad, y nada, excepto una fuerza superior, podrá arrebatarme la gloria que merezco.

Pero si Dios lo ha hecho, y si yo debo sentir que he sido pasivo en Sus manos hasta que Él

me hizo activo, entonces debo poner todos mis honores a Sus pies, y coronarlo Señor de todo. Estoy muy seguro de que no diferimos aquí en cuanto a que Dios tenga todo el honor; y, sin embargo, si difiriéramos en cuanto a que Él hizo toda la obra, podríamos tener un terreno justo sobre el cual disputar Su derecho a llevarse toda la gloria.

Oh, hombres y hermanos, si necesito argumentos, su propia experiencia dará testimonio. Ustedes, como cristianos, están obligados a sentir: "Tú has hecho todas nuestras obras en nosotros". Ustedes pueden decir: "Somos hechura suya, creados por Dios en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas".

Establézcanlo entonces con certeza, he tratado de explicarlo lo mejor que he podido: "Todas las cosas son de Dios". Agarren cada misericordia del pacto, y cada bendición de la gracia, pero digan que todas las cosas en todos los sentidos son total y enteramente de Dios, el grandioso dador de todo.

II. Y ahora me propongo en la segunda parte de mi tema, brevemente, mostrar **las excelentes tendencias de esta doctrina.**

Hay una cosa acerca de las doctrinas del Evangelio que, en mi opinión, siempre las elogia: siempre captan la atención de los hombres y los incitan a pensar. Si oyes un sermón en el que se magnifica la gracia de Dios, tal vez te ofendas, te enojas porque las opiniones doctrinales no concuerdan con tu propio orgullo carnal. Que te enfades es una de las cosas más sanas que te pueden ocurrir. No te imagines que el sermón ha sido desperdiciado cuando te ha hecho enojar, no concibas que se ha perdido para ti cuando te ha hecho enojar con él. Tal vez no había más que esa coyuntura del arnés a través de la cual la flecha podía alcanzarte, a saber, tu propia ira contra la verdad.

He conocido a muchos que han confesado francamente que después de haber estado en este lugar, se sentían perturbados, no podían dormir. Odiaban al predicador, y odiaban el tema, sin embargo, en aproximadamente un mes, sentían que debían venir de nuevo, les disgustaba tanto que se veían obligados a oír de nuevo de este asunto. No podían verlo del todo, de hecho, no querían, todavía se aferraban a su propia opinión, pero se decían en su interior: "Nunca he pensado tanto en religión en toda mi vida".

Hay algo en estas doctrinas que penetra en el alma del hombre. Otras formas de doctrina se escurren como el aceite por una losa de mármol, pero ésta los cincela, los corta hasta lo más profundo. No pueden evitar sentir que hay algo aquí, contra lo cual, si patean, tiene sin embargo fuerza, y deben preguntarse: "¿Es verdad o no?". No pueden contentarse con resoplar y tranquilizarse, sino que se apodera de su facultad de pensamiento y los despierta para indagar si estas cosas son así o no. Y es notable que dondequiera que se ha revivido la

doctrina de que la salvación es de Dios, y sólo de Dios, siempre ha sucedido que Dios ha enviado un avivamiento de la verdadera religión.

Para darles una ilustración práctica, en el continente he sido informado, por muchos que han tenido buenas razones para juzgar, que la iglesia luterana ha caído en gran medida de su fe, y se ha convertido en unitaria o neológica y similares, pero las iglesias calvinistas, nunca, se mantienen igual.

Hay una sal en estas doctrinas que preserva la verdad, hay un sabor y una acritud en ellas que mantiene correcta la constitución de los hombres. Es una gran ancla, puede parecer pesada, y en estos tiempos modernos puede decirse que está bastante oxidada, pero en días de tormenta, esa gran ancla de enramada tendrá que ser arrojada al mar de nuevo. Cuanto más predico, más me preocupa no dar un doble testimonio sobre este asunto, sino establecer clara y distintamente que la salvación es de Dios, que todas las cosas, de hecho, en la nueva creación de la gracia, son de Dios, y sólo de Dios.

Y ¡oh! qué entusiasmo despertarán estas verdades en las mentes de quienes las crean. He oído predicarlas a hombres sencillos, incultos, ignorantes, y las congregaciones se han bañado en lágrimas. No ha habido rigidez en los semblantes de los oyentes. Han escuchado como si estuvieran oyendo la mismísima Palabra de Dios y han sentido su poder.

He predicado durante esta semana, de la manera más sencilla que he podido, estas verdades a unos veinte o treinta mil galeses en una congregación, y qué espectáculo he visto nunca, cuando todos como un solo hombre, no dejaban de gritar: "¡Ajá! ¡Amén! Gloria Amén", durante todo el sermón, entusiasmados porque oían de nuevo las viejas y buenas verdades que Christmas Evans solía repetirles y que los galeses aún conservan intactas, aunque los ingleses decidan rechazarlas y despreciarlas. Hay algo en ellas que animaría a los hombres a realizar grandes hazañas.

La espada de Cromwell era tan afilada, y su brazo tan fuerte, porque conocía al Señor de los ejércitos y confiaba en su poderoso poder, y creía en la gracia vencedora de Dios. Esto hizo invencibles a los Ironsides, nunca hubo hombres como ellos.

El brazo del calvinista es siempre fuerte, el que es de Dios y no conoce al hombre, el que mira al propósito y a la gracia de Dios y le da toda la gloria, no es un hombre que se incline ante un tirano, ni que lama los pies de ningún ser. Se sabe elegido de Dios, y permanece erguido, y sin embargo, mientras permanece erguido, está lleno de un fuego, de un entusiasmo que le hace trabajar, y le obliga a servir a la causa de Dios y de la verdad.

Eso, sin embargo, tal vez, no sea más por el momento. Tengo otras tendencias que

mencionar con respecto a esta doctrina. El hecho de que la conversión y la salvación proceden de Dios es una verdad humillante. Es por su carácter humillante que a los hombres no les gusta. Que se me diga que Dios debe salvarme si soy salvo, y que estoy en Su mano, como la arcilla en las manos del alfarero, "no me gusta", dice uno. Bien, pensé que no te gustaría, ¿quién soñó que te gustaría? Si te hubiera gustado, tal vez no hubiera sido verdad; que no te guste es una prueba indirecta de su veracidad.

Que me digan que "Él debe obrar todas mis obras en mí", ¿quién puede rebajarme tanto como eso? ¿Dónde está entonces la jactancia? Está excluida. ¿Por qué ley? ¿La ley de las obras? No, sino por la ley de la gracia. La gracia pone su mano en su boca jactanciosa, y la cierra de una vez por todas, y luego quita su mano de la boca, y esa boca ahora no teme hablarle al hombre, aunque tiembla ante la sola idea de tomar cualquier honor y gloria de Dios.

Debo decir, me veo obligado a decirlo, que la doctrina que deja la salvación en manos de la criatura, y le dice que depende de sí misma, es una exaltación de la carne y una deshonra de Dios. Pero la que pone en la mano de Dios al hombre, al hombre caído, y le dice al hombre que aunque se ha destruido a sí mismo, su salvación debe ser de Dios, esa doctrina humilla al hombre en el mismo polvo, y entonces está justo en el lugar correcto para recibir la gracia y la misericordia de Dios. Es una doctrina que humilla.

Una vez más, esta doctrina da el golpe de gracia a toda autosuficiencia. Lo que el arminiano quiere hacer es despertar la actividad del hombre, lo que nosotros queremos hacer es matarla de una vez por todas, mostrarle que está perdido y arruinado, y que sus actividades no están ahora en absoluto a la altura de la obra de conversión, que debe mirar hacia arriba. Ellos tratan de hacer que el hombre se levante, nosotros tratamos de hacerlo descender, y hacerle sentir que allí yace en la mano de Dios, y que su asunto es someterse a Dios, y clamar en voz alta: "Señor, salva, o pereceremos". Sostenemos que el hombre nunca está tan cerca de la gracia como cuando comienza a sentir que no puede hacer nada en absoluto. Cuando dice: "Puedo orar, puedo creer, puedo hacer esto y puedo hacer lo otro", en su frente se ven marcas de autosuficiencia y arrogancia. Pero cuando se arrodilla y llora...

***"Oh para esto no tengo fuerza,
mi fuerza está a Tus pies descansando,"***

entonces pensamos que Dios lo ha bendecido, y que la obra de la gracia está en su alma.

Oh pecador, no pienses que tu propio brazo sin ayuda puede obtener la victoria. Clama a Dios, y ruégale que tome tu alma en sus manos, pues no puedes ser salvado a menos que Él lo haga por ti. Bendícele por la promesa que dice: "Al que a mí viene, no le echo fuera". Oh, clama a Él: "Señor, atráeme por tu gracia, para que corra en pos de ti; obra todas mis obras en

mí, y tráeme a ti y sálvame". No a ti mismo te pedimos que mires, ni a tus oraciones, ni a tu fe, sino a Cristo y a Su cruz, y a ese Dios que es "poderoso para salvar perpetuamente a los que por Él se acercan a Dios".

Y hay en esta doctrina algún consuelo para el corazón atribulado. Si todas las cosas son de Dios, alma mía, no dejes que tu espíritu se agite y se asuste por la tempestad. "Todas las cosas son de Dios, si una cosa fuera de mí, yo sería un hombre perdido. Si fueras a construir un gran puente, y me dejaras colocar una sola piedra, lo construirás como quieras, y se caerá. Permítanme que me encargue de la piedra clave, y me comprometo a que no se sostenga. De modo que si en la obra de la salvación hay algo que dependa de mí, todo caerá; pero si todo está garantizado y establecido por la voluntad y el deber eternos, entonces permanece firme y descansa seguro.

¡Oh! pensamiento gozoso para el cristiano, su alma está a salvo, se ha entregado en las manos de Cristo para ser guardado, y ahora lo guardado descansa en Cristo, se ha entregado a su Señor y Maestro para ser preservado, y ahora sabe que pase lo que pase, Cristo es su escudo y su coraza, y nada le hará daño, porque Jesús vigila y protege diariamente, y lo preservará a salvo hasta el fin.

No sé de dónde sacan su consuelo nuestros hermanos arminianos. Sé que si creyera en su doctrina, me distraería; pero sí creo que a quienes Dios comienza a salvar, los salvará por completo, y que no hay una sola piedra en todo el edificio que pueda fallar o ceder, mi alma puede cantar,

***"Este pacto permanece seguro,
aunque las viejas columnas de la tierra se inclinen;
los fuertes, los débiles y frágiles
ahora son uno en Jesús".***

Tengo una cosa más que decir sobre esta doctrina. Ella anima al pecador. Pecador, pecador, ven a Jesús, porque "todas las cosas son de Dios". Estás desnudo, el manto con que serás vestido es de Dios.

Estás sucio, el lavado es de Dios. Ven y sé lavado. Pero tú eres indigno, tu valía debe ser de Dios. Ven como eres, y Él te limpiará. Eres culpable, tu perdón es de Dios. Ven a Él, y Su perdón te será dado gratuitamente.

Pero vosotros decís, sois duros de corazón, un corazón nuevo es de Dios. Venid a él, os dará un corazón de carne y os quitará el corazón de piedra. Pero tú dices: "No puedo orar como el mundo". La verdadera oración es de Dios, Él derramará sobre ti el Espíritu de súplica.

Pero tú dices, "mi misma venida debe ser de Dios". Ay, bendito sea Dios por eso. Y por lo tanto, si ahora sientes que algo te dice: "Déjame ir y confiar en Cristo", eso es de Dios.

Oh, ven con alegría, pues nada se te pide, todo es de Dios. ¿Es estéril tu corazón? La fecundidad es de Dios. ¿Es obstinado tu corazón? La obediencia es de Dios. ¿No puedes arrepentirte? Él es exaltado en lo alto para darte arrepentimiento. El arrepentimiento es de Dios. ¿Dices: "No puedo creer"? La fe es de Dios, es uno de sus dones inefables. Pero, ¿dices: "Temo no poder perseverar"? La perseverancia es de Dios. Todo lo que se te pide que hagas es simplemente ser un receptor. Ven con tu cántaro vacío, y sostenlo ahora en la fuente que fluye, ven con tu regazo vacío, y recibe la tienda de oro, ven con una boca hambrienta para alimentar, y con labios sedientos para beber.

Se te pide que no hagas nada, se te pide que no seas nada. Deja de ser tú mismo, oh hombre, y comienza con Dios. Deja ahora de hacer, y sentir, y ser, y ven y confía en Aquel que hizo, y fue, y sintió por ti, y entonces después, siendo salvado, comenzarás a ser, y a sentir, y a actuar, a través de un nuevo poder, que conduce a una nueva vida.

Para vivir para Cristo, primero debes morir a ti mismo. Toda esperanza de nutrición mortal debe morir antes de que puedas recibir una esperanza divina dentro de ti. Ven, magullado y destrozado, aplastado y quebrantado, ven y toma a Cristo para que sea tu todo en todo, y si no puedes extender tu mano por ti mismo, como de hecho no puedes, yo hablo en el nombre de mi Maestro, en el nombre de Jesús de Nazaret, por el poder de Su Espíritu, cree.

Es deber de los siervos de Dios no sólo exhortar, sino ordenar con autoridad divina. ¡Hombre de la mano seca en el nombre de Jesús, extiende tu mano! ¡Tú que nunca has creído ni te has arrepentido! "Dios manda a todos los hombres en todo lugar que se arrepientan". ¿Recibes la orden? El poder va con él. ¿Estás dispuesto a obedecerlo? Esa voluntad es don de Dios, el poder va con la voluntad. Cree a Cristo, confía en Cristo, tómalo completamente, y eres salvo, tus pecados son lavados, eres heredero del paraíso, y puedes regocijarte.

Batid vuestras alas, ángeles, afinad de nuevo vuestras arpas, serafines, redimidos; más alto, más alto, que vuestros acordes se eleven hacia el cielo. Oh, querubines y serafines, cantad fuerte a su nombre, de quien y para quien y por quien son todas las cosas, a quien sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.